



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12214

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ños.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 31 DE JULIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 14
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

VINOS FINOS DE MESA DE RIOJA

Bodegas FRANCO-ESPAÑOLAS

Ciudad y Royal Ciudad (Hijos)

LOGROÑO

Diamante (blanco)

Agente en Cartagena: José María Amorós.—Cervecería Austriaca, Andino, 2.

Fiesta de niños

Uno de los festejos más intere-
santes del programa de fiestas del
verano es sin duda el reparto de
juguetes á los niños pobres. De tal
modo satisface el espíritu, que ayer
llegamos á olvidar las molestias
no escasas que nos producía la
asistencia al circo.

Cuando penetramos en él estaba
lleno. No había desocupada una
butaca ni mucho menos una pla-
tea; los paraísos estaban ocupados
y aun en las extremidades de la
herradura, desde las cuales no se
ve el escenario, había mucha gen-
te. Del calor no hay que decir na-
da: era de primera, canicular, ter-
rible; pero su impresión desagradable
no desafiaba á la impresión
gratísima que experimentaba el es-
píritu viendo el coliseo atestado de
niños esperando los prometidos y
soñados juguetes.

Anticipándose á la hora de la
fiesta, comenzaron á llegar las se-
ñoras encargadas de hacer el re-
parto; y á las cinco en punto, ho-
ra oficial del programa de festejos
para realizar éste, dió principio el
mismo, con el orden que es de pre-
sumir cuando en el reparto nadie

quiere el segundo lugar: todos el
primero.

Sin embargo, no ocurrió lo que
el año pasado en la feria. Hubo sus
apreturas, pero fué á la sombra,
no al sol de las cinco de la tarde.

Al comenzar el espectáculo en-
cantaba el cuadro que ofrecía el
Circo.

En el centro del amplio escena-
rio la mesa presidencial. Al rede-
dor de ella las señoras; y sobre la
misma un monte de tambores y
cornetas, soldados de plomo, sa-
bles, escopetas y trompas de músi-
ca que iban formando los señores
que auxiliaban á las señoras en su
grata tarea y que iban desapare-
ciendo al pasar junto á él el cordón
de niños y niñas que iban de la
platea al escenario, pasando por la
escalinata y desde el escenario á
la calle, provistos ya de los jugue-
tes preferidos.

Y era de ver á aquellos peque-
ñuelos que habían pasado la noche
anterior soñando con el aro ó la
trompa, subir y quedarse planta-
dos cual si echaran raíces, abarcando
con una suprema mirada de de-
seo el tesoro de caballos, tranvías,
barcos, cubas y demás juguetes que
se ofrecían á sus miradas, atrayén-
dole todos por igual, é impidiéndole
que pudiera elegir. Si las amabi-
lísticas señoras no acudían á ellos

para salvarles del apuro grave en
que les ponían las atracciones igua-
les y contrarias de la mula aguade-
ra y la caja de soldados de plomo,
allí se estuvieran sin saber deci-
dirse. Chico hubo que devolvió
tres veces el juguete elegido y aun
estaría cambiándolo si no se le hu-
biese hecho tomar la puerta de sa-
lida.

La faena fué ruda; tres horas de
ir y venir, de dar y convencer son
muchas horas. La piedad que se
experimenta haciendo beneficios á
la niñez desheredada enardece, es
verdad; pero cuando esa labor se
realiza en medio de una tempera-
tura asfixiante, los enardecimien-
tos se traducen en un aumento de
fatiga que enervaría el cuerpo si
éste no fuese esclavo del soplo di-
vino que llevamos dentro.

Porque el alma goza con los es-
pectáculos de la caridad, de día
ayer con gusto el ruido atronador
de dos mil niños moviéndose y ha-
blando á la vez. Parecía tal ruido
el escandaloso piar de los miles
de pájaros que á la caída de la
tarde se acomodan en los árboles
de la plaza de la Merced para
dormir.

Y á nadie fue molesto; al con-
trario, el ruido aquél refrigeraba
el alma y la llenaba de alegría. Y

pensando en aquellos pequeñitos
que venían á recibir de manos de-
licadas lo que sus padres no pue-
den comprarles, se olvidaba todo,
para no pensar mas que en la in-
tensa satisfacción que se iba fil-
trando en el alma.

La comisión de señoras cumplió
su cometido como no se vió nunca
hasta ahora. También lo ha cum-
plido, que ha ganado el derecho de
realizar los años sucesivos el re-
parto de juguetes.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Quiera Silvela sacar á España de su
aislamiento, y cultiva asiduamente la polí-
tica de alianzas.»

Esos son falsos testimonios.
Para cultivar una cosa se necesita abo-
narla con algo.

Y nos dice el "Heraldo" que en
panto estamos con las manos vacías.

¿O es que cree ahora D. Francisco que
con las manos en los bolsillos se va á algu-
na parte?

Los amigos de un pintor catalán van á
darle un banquete con motivo del triunfo
obtenido en un certamen que se ha de veri-
ficar dentro de dos meses.

Esos amigos deben ser profetas.
Porque no siéndolo no puede compren-
derse el triunfo obtenido en un certamen
que se ha de celebrar.

Dios conserve la doble vista ó lo que sea
á los amigos del pintor.

En París ha sido puesto á buen recaudo
una empresa de carácter internacional que
se dedicaba á la explotación del robo.

La constituían un cubano, un chileno y
un español y cayeron en el garlito al inten-
tar vender ciertas joyas.

¡Toma alianzas!

Hé aquí una noticia que pone de manifiesto
el estado del país:

«Según despachos oficiales, ha terminado
el conflicto de Murcia, pero se ha re-
decido la huelga de obreros de Málaga que
amenaza tomar proporciones alarmantes.»

De esos peros está la cesta llena.

Y es fruta de todo el año tanto más
abundante cuanto menos se le onide.

Aquí rinde los cosechones que da en An-
dalucía, Extremadura, Valencia, Cataluña,
en toda la Península, que está de peros
que es una bendición.

El hombre más alto del mundo

Actualmente el hombre más alto, al par
que mejor proporcionado del mundo, es un
yanqui de origen francés llamado Edeardo
Beaupré, cuya familia reside en Montana.

Ha escrito un artículo contando sus im-
gresiones, ó mejor dicho, sus lamentacio-
nes.

Beaupré mide dos metros y medio de es-
tatura, y dice:

«Casi todo el mundo me mira con simi-

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

253 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

decirme que no tenía que hacer más que empuñarla
y manejarla con destreza.

Después del sable, limpié también las pistolas, por
que no sabía que arma escogería Selim. Eché algunas
gotas de aceite en el gatillo froté con esta los caño-
nes, y luego las cargué cuidadosamente.

Empezaba á aparecer el crepúsculo, el reloj daba
las tres. Cuando estuvieron terminados mis prepara-
tivos, me arrojé en un sillón y me puse á reflexio-
nar.

El curso de los sucesos y el relato del padre Luis,
habían acabado al fin por darme á conocer que no
era poca la culpa que me cabía á mí en lo acaecido.
Me pregunté si había cumplido debidamente con mi
cargó de protector que el viejo Nicolás me había en-
comendado. Y tuve que contestarme:

—No.

«Había pensado únicamente en Hania y no en
mí?»

—No, me contestó de nuevo la conciencia.

Y en todo lo que había pasado, ¿de quién había si-
do principalmente la culpa? Benolmente mía.

Y Hania, aquella humilde é inexperta criatura, ha-
bía caído, por decirlo así, bajo las garras del gavi-
lán. No había modo de quitarme de la imaginación
ese molesto pensamiento.

252

HANIA

apesar de lo acaecido, mi corazón se hallaba tan
identificado y tan íntimamente unido con el suyo,
que habría sido menester hacerlo pedazos para sepa-
rarle. Llegué hasta á rogar al padre Luis que inter-
cediera por ella cerca de mi padre, y que le explicase,
en los mismos términos con que me lo había explica-
do á mí, el error de la niña, y después le despedí,
por que tenía necesidad de estar solo.

Apenas se hubo retirado, descolgué de la pared
aquel antiguo sable que mi padre me había regalado,
y puse en regla las pistolas á fin de tenerlo todo dis-
puesto para el encuentro que debía tener lugar poco
más tarde.

No tuve tiempo, ni ganas de meditar este duelo
con Selim. Estaba completamente remuelto á batirme
á muerte con él, y estaba seguro de que Selim no me
haría esperar en vano. Limpié la hoja del sable, y á
pesar de que hacía doscientos años que no se la había
hecho servir, á pesar de los innumerables yalmos y
escudos que había hendido, á pesar de la sangre de
árabs, tártaros y tártaros que había derramado, en to-
da la extensión de aquella hoja no se veía ni una so-
la mancha. El dorado adorno con el mote: JESUS MA-
RIA que estaba grabado en ella, resplandecía claro y
hermoso. Probé su filo y lo hallé que cortaba como
una navaja, y tan azules tarqueras de la empuñadu-
ra, parecían como si me sonrieran, cual, si quisieran

KI

La conversación con mi padre debió durar ocu-
sa de media hora; después me retiré á mi
cuarto, pero no me acosté. Calculé que, para ser pun-
tual á las cinco, era preciso salir á las cuatro. Sólo
me quedaban tres horas cortas de tiempo. Poco des-
pués vino á mi cuarto el padre Luis, para enterarse
de si aquella horrible carrera no me había causado
daño alguno, y de él, después de haber aguantado
aquel espantoso chubasco, me había, cuando menos,